

Mesa 97: Historia / Periodismo / Comunicación. ¿Interdisciplina? Problemáticas en discusión

Coordinadores: César Luis Díaz (UNLP) tatodiaz60@gmail.com

Ángel Manuel Ortiz Marín (UABC - México) mortiz49@yahoo.com

Imaginarios sociales en el discurso editorial de *La Nación* durante la guerra y posguerra de Malvinas¹

Dr. César Luis Díaz

Prof. María Marta Passaro

Cehicopeme-FPCS-UNLP

En este trabajo analizamos el discurso editorial del diario La Nación durante la etapa de agotamiento de la última dictadura cívico militar (1982-1983). A diferencia de otras producciones previas en las que el recorte del corpus refiere a algún actor político-social del momento (Iglesia, medios de comunicación, Universidad, etc.) o a alguna problemática en particular (la guerra de Malvinas, la libertad de expresión, los DDHH, etc); en este caso seleccionamos un estilo de notas que denominamos “editoriales doctrinarios”. Por lo cual son varios los temas visibilizados desde esa columna.

El contexto

En el período que se extiende desde la derrota de Malvinas (14/6/1982) hasta el momento en que la ciudadanía tiene la responsabilidad de volver a las urnas, (30/10/1983) se produjo una reapropiación del espacio público por parte de distintos actores sociales como el sindicalismo, la Multipartidaria y algunos políticos representativos, las organizaciones de derechos humanos quienes obtuvieron el apoyo de amplios sectores de la población en su petición por los desaparecidos. Por cierto, la profunda crisis militar convivía con una amplia y activa participación social.

Podemos conjeturar, entonces, que uno de los principales sostenes del ciclo político que se abrió luego de la guerra de las Malvinas, fue una suerte de pacto cultural entre la dirigencia política y la población, definido, en gran medida, por el deseo de que

¹Este trabajo es parte del proyecto de investigación en curso “La agenda editorial de los ‘socios’ en las postrimerías de la dictadura militar (1982-1983)”.

no se repitiera en el país el traumático pasado de crisis y de violencia política y por la revalorización del estado de derecho y de las libertades individuales (Landi y González Bombal, 1995).

En efecto, en ese período de *descomposición del proceso* (Quiroga, 2004) el general Leopoldo Galtieri, responsable del fracaso bélico, renunció a la presidencia de la nación el 15 de junio de 1982 y, tras unos días de acefalía se designó el 22 de junio como su sucesor al general Reynaldo Bignone, quién asumió finalmente el 1° de julio. El último presidente de facto, tras su nombramiento, impulsó un decidido acercamiento con los dirigentes políticos agrupados en la Multipartidaria, con el propósito de ofrecer un pacto que estableciera las bases del difícil proceso de transición a la democracia. Iniciaba su mandato enfrentando la crisis institucional más profunda del Estado autoritario, agravada por la delicada situación económica y social que terminaría por minar aún más la confianza ciudadana en el Proceso de Reorganización Nacional. Llevó adelante la ardua tarea de negociar la salida del régimen al menor costo posible para las Fuerzas Armadas en un entorno de profunda disgregación del poder militar. Su mandato estuvo atravesado por el desarrollo de dos crisis simultáneas: una interna a la corporación militar, caracterizada por el deterioro de las relaciones interfuerzas motivada por el demoledor impacto de la derrota en Malvinas, y otra externa, dada por los fallidos intentos del gobierno militar en consensuar un pacto con la dirigencia civil. La etapa que se abría estaría caracterizada por la progresiva pérdida de control de los frentes político y social por parte de un régimen en descomposición, así como también por el reagrupamiento del frente militar después de la reivindicación de la lucha antisubversiva como principal logro profesional y la defensa del consenso antisubversivo como principal recurso de cohesión institucional (Canelo, 2008).

A fines de julio el jefe del ejército, general Nicolaidis, removió a todos los oficiales involucrados en la guerra de Malvinas hasta el grado de mayor, desde los cargos más altos hasta los más rasos en la escala jerárquica y trasladó a otros varios cientos de oficiales, sin participación en la guerra, hacia distintas guarniciones del interior del país. En tanto, la Fuerza Aérea, tras la renuncia de LamiDozo fue comandada por Augusto Hughes.

Un mes más tarde, también, otro opositor de la transición, el almirante Anaya, fue desplazado de la cúpula de la armada y en su lugar fue nombrado el vicealmirante Rubén Franco. La remoción de los dos jefes arrastró a una docena de oficiales y, de esta manera, aunque tardíamente, las tres fuerzas terminaron de desembarazarse de los

grandes responsables del conflicto bélico. Estos cambios permitieron a fines de septiembre, tras negociaciones nada fáciles, la reconstitución de la Junta Militar como órgano supremo del gobierno militar, la que no modificó el rumbo trazado por el gobierno y ratificó la voluntad de cumplir con los tiempos de la institucionalización, aunque no pudo ocultar las discrepancias en su seno en torno de la figura presidencial y las políticas adoptadas. A pesar de ello, mantuvieron en la administración –municipal, provincial, nacional- a hombres de la marina y la aviación.

En este escenario de fracturas, el cuarto dictador debería ir tejiendo acuerdos con sus camaradas de las distintas armas y con la sociedad civil. La preocupación estratégica de los militares por eliminar al tema de las violaciones de los derechos humanos de la agenda política de la transición a un régimen civil contribuyó a darle centralidad. Y de esta forma, el tema que las Fuerzas Armadas pretendían concluir, primero por medio de la justificación y luego a través del olvido, se transformó en una cuestión insoslayable de la transición. En este contexto la opinión pública era informada, por medios que antes la habían silenciado, sobre el dispositivo del aparato terrorista lo que generó un generalizado repudio y condena moral.

En rigor, como consecuencia de la crisis post Malvinas, tal como refieren Acuña y Smulovitz (1995) el gobierno militar replanteó sus objetivos políticos abandonando la estrategia orientada a la formación de un partido de derecha propio destinado a constituirse en primera minoría electoral e intentando, en simultáneo, negociar con la oposición un pacto de salida. En noviembre de 1982, el gobierno hizo conocer a los partidos los quince temas que entendía era necesario “concertar” a fin de “concluir con la institucionalización del país”. Entre estos se destacaban: la lucha contra el terrorismo, los desaparecidos, el conflicto Malvinas, la investigación de ilícitos, la presencia constitucional de las fuerzas armadas en el próximo gobierno, plan económico, deuda externa, Yacyretá, presupuesto 1984, Ley 22.105 (Asociaciones Gremiales de Trabajadores), Ley 22.269 (Obras Sociales), diferendo austral (Beagle), vigencia del Estado de sitio, estabilidad de la justicia, mecánica y secuencia para el acto eleccionario y entrega del poder.

En suma, el año 1982 se había caracterizado por la vertiginosa autodestrucción del gobierno castrense, sin que mediara para ello una organizada oposición política partidaria, con una sostenida instalación en la agenda pública de la problemática de los derechos humanos y sus organizaciones representativas.

El año 1983, ciertamente, preanunciaba ser muy complejo para la administración castrense que estaba integrada a excepción del ministerio del interior –General (RE) Llamil Reston- por civiles², sumado a las presiones de los sectores duros de las tres armas. Tras presentar el cronograma electoral, Bignone debería dejar resueltos los dos temas que no podían quedar por fuera de cualquier transacción: la superación de las secuelas dejadas por la lucha antisubversiva y la inserción de las FFAA en el futuro régimen constitucional. Por lo cual, aconsejado por la Comisión Asesora Legislativa (CAL) que reemplazaba al proscrito Congreso, decretó la Ley de Pacificación Nacional (22.924) promulgada el 22 de septiembre de 1983 y que propició un rechazo social generalizado. Cuando el Dr. Raúl Alfonsín-vencedor en las elecciones del 30 de octubre de ese año- asumió la presidencia de la nación, envió un proyecto de ley para derogarla y, de esta manera se convirtió en la primera ley aprobada por la democracia.

La historia de La Nación

El matutino La Nación, junto con La Prensa, nació en el siglo XIX en la etapa de modernización del periodismo. Era un periodo transicional ya que hacia 1870,

En nuestro país y parte importante de Hispanoamérica, Europa y Estados Unidos, el predominio del periodismo de opinión es evidente. Con públicos premeditadamente segmentados y con dificultades para ampliar el consumo, las publicaciones se muestran como tribunas de doctrina, espacios para bajar línea a las huestes sectoriales que expresan. Así pululan, entre otros, periódicos monárquicos, republicanos, liberales, socialistas, anarquistas, portuarios, ganaderos: todos son o quieren ser los voceros de sus representados, que son a su vez su público prioritario y casi exclusivo.

Entonces, según clasifican los autores, en esa época podemos considerar que la noticia era igual a la opinión institucional de los medios (noticia=opinión), es decir, predominaba un “periodismo ideológico”. No obstante, este perfil opinativo decayó con el avance tecnológico dado que las nuevas posibilidades técnicas permitieron ampliar el público lector, al que se pretendió captar mediante la construcción de una objetividad aparente, en un periodismo que buscó ser más informativo y en donde rigió el esquema

² La nómina de los restantes ministros estuvo compuesta por aquellos que fueron ratificados en su cargo Lucas J. Lennon (Justicia) Cayetano Licciardo (Educación) y Horacio Rodríguez Castells (Salud Pública). Además de las nuevas incorporaciones Juan Aguirre Lanari (Canciller), Julio Martínez Vivot (Defensa), Adolfo Navajas Artaza (Bienestar Social), Conrado Bauer (Obras Públicas), Héctor Villaveirán (Trabajo) y José M. Dagnino Pastore (Economía), aunque por poco tiempo ya que ni siquiera llegó hasta 1983. Con él llegó Cavallo como presidente del banco central, quien estatizó la deuda externa privada y después ambos renunciaron. El nuevo ministro de Economía fue Jorge Wehbe.

que equiparaba a la noticia con el hecho (“noticia= hecho”) (Miceli, Albertini y Giusti, 1999: 11). Este último tipo de periodismo fue alcanzado por el diario de los Mitre recién en 1909 al producirse la desaparición física del por entonces director Emilio Mitre, cuando consideró oportuno dirigirse a la clase política en general, dejando de lado cuestiones partidistas.

Por cierto, este diario representaba los intereses de los sectores tradicionales vinculados a las familias que conformaban la burguesía agroexportadora, quienes por entonces se ubicaban en las posiciones más altas de la estructura del poder político, del sistema económico y de la jerarquía del reconocimiento social. Esta identificación entre el matutino y los sectores más poderosos y prestigiosos sufrió los avatares de las políticas comunicacionales implementadas por el peronismo (1946-1955) (Sirven, 1986); en especial, luego del cierre de La Prensa cuando todo el mundo esperaba que fuera el siguiente medio sancionado (Panella, 1999). Sin embargo, sobreviviría, quizás porque a partir de 1952, el diario había modificado su enfoque analítico sobre la gestión de Juan D. Perón al coincidir en el plano de las ideas económicas que revalorizaban al sector agropecuario y con las nuevas medidas de máxima producción adoptadas en esa etapa (Sidicaro, 1989: 214-225).

Dada las características que adquirió la coyuntura histórica en la década del ‘70 se produjo un nuevo acercamiento entre el periódico y algunos de los lineamientos políticos propuestos por Perón en su tercera presidencia, en especial la necesidad de la paz. No obstante ello, cuestionó algunas medidas, en especial las económicas -la ley agraria, el plan trienal, la agudización del intervencionismo-, propuestas y/o adoptadas por los gobiernos peronistas, perjudiciales para los intereses del sector agroexportador. Con respecto a la cantidad de ejemplares vendidos por La Nación por estos años, oscilaba en unos 248.000 ejemplares (Getino, 1995). Sobre este punto es interesante resaltar que el diario interpelaba a receptores³, impensados para ese momento, ya que contaban con aproximadamente 10.000 lectores simpatizantes del peronismo –conforme el testimonio de Domínguez⁴– y una cantidad considerable provenientes del trotskismo,

³ Para González (2014:316) “un puñado de personas y empresas en la que no faltaban los nombres contemporáneos a la emergencia iniciática del mitrismo como categoría ininterrumpida de una veta cultural distinguible no siempre con nitidez, pero preexistente en la memoria viva del diario-“. El diario estaba convencido ante “una vasta colección de lectores” de que con “su publicación más que centenaria, estaban seguros de dar cuerpo a una nueva mutación de la multifacética clase media argentina. La posición tradicional de esa clase seguía acompañando la lectura del periódico porque este acompañaba sus secretas pasiones y los paneles corredizos de sus miedos y odios más insistentes, aquellos que señalaban las obsesiones de una larga ya historia”

⁴Entrevista realizada por César Díaz a Teóduo Domínguez, septiembre de 1998.

dado que su líder, Mario Santucho, impulsaba a los militantes del ERP-PRT a leer La Nación⁵.

Asimismo, como su discurso adhería a conceptos claramente liberales en la faz política reclamaba, permanentemente, el respeto por los derechos del ciudadano, al tiempo que demandaba a la opinión pública un mayor compromiso y participación en procura del fortalecimiento de las instituciones las cuáles, conforme a la opinión del periódico, se encontraban en una situación riesgosa desde el 25 de mayo de 1973, llegando a calificarla como "un `contraproceso institucional` que incluye a todo el gobierno peronista a partir de mayo de 1973"(25/3/76). A partir de ese momento comenzaría un período signado por el "caos" que amenazaba la estabilidad de la "República".

El matutino que sostuvo una línea vertebrada en una crítica mesurada a todos los síntomas de desgobierno provocados por la presidenta María E. Martínez de Perón y sus cambiantes gabinetes, al llegar el fatídico mes de marzo de 1976, desarrolló una estrategia caracterizada por cierta opacidad, si se la compara con otros medios que emplearon un mensaje más directo en sus afirmaciones acerca de la necesidad de un pronunciamiento militar. En su discurso no se percibían invocaciones taxativas acerca de la necesidad de un golpe de estado ni sobre el rol de las Fuerzas Armadas en el sistema político. La estrategia persuasiva se basó en la exposición de un diagnóstico crítico acerca de la responsabilidad que le cabía al gobierno de Isabel ante la amenaza de la subversión, por un lado, y sobre la ineficiencia de la política económica, por el otro, al tiempo que llamaba al lector a reflexionar sobre su "responsabilidad" en la coyuntura. Por lo tanto, la idea de la "necesidad de un gran cambio" fue construída paulatinamente (Díaz, Giménez, Passaro, 2002).

El subsistema de los medios durante la dictadura

Hemos corroborado que el compromiso de los medios como "actores políticos" en la construcción del golpe de 1976 y el aval brindado en los comienzos de la dictadura con el fin de restaurar el "*orden*" destruido por el populismo y el "*enemigo subversivo*", esgrimiendo un discurso de "seguridad nacional", no convirtió a todos en meros dispositivos de los golpistas, ni les impidió a algunos adoptar posicionamientos divergentes ante algunas de las políticas ejecutadas por el Proceso de Reorganización

⁵ Díaz (2002: 35) analiza las prácticas de lectura en esta época y advierte que entonces los militantes leían los diarios de circulación nacional, no sólo porque exponían la ideología de los sectores que representaban en el caso de La Nación a la burguesía sino porque hacían publica información importante.

Nacional (PRN). Si bien resulta indudable la consolidación de un dispositivo censorio, que por supuesto incluyó a los medios de comunicación y a los periodistas, por lo cual la censura y, su inevitable consecuencia, la autocensura se volvieron cotidianas; el mismo tuvo un alcance dispar en el universo periodístico de acuerdo al posicionamiento de los diarios, legitimante o no del Terrorismo de Estado y sus objetivos de dismantelar la estructura productiva y las organizaciones políticas, sindicales y sociales.

En ese escenario podemos distinguir tres tipos de posicionamientos de los medios gráficos: la prensa de la dictadura –Convicción y, luego de 1977, La Opinión; un segundo grupo que calificamos como los “socios” –teniendo en cuenta la sociedad que establecieron con el estado en la empresa Papel Prensa SA, mayo 77- La Nación, La Razón y Clarín y, finalmente, los “no socios” La Prensa, The Buenos Aires Herald y El Día⁶.

Calificamos como medios “no socios” a los que ejercieron lo que denominamos un “periodismo pendular” (Díaz, 2010) que se caracterizó en las columnas editoriales por la legitimación del golpe de estado, la reinstauración del orden, entre otras, al mismo tiempo que por la impugnación de ciertas medidas (por caso la asociación de medios nacionales con el Estado en Papel Prensa) así como también de una serie de variados reclamos a la Junta Militar, a saber: por las violaciones a los DDHH, la libertad de expresión, el estado de sitio, el plan económico, según el caso.

En tanto, los diarios “socios” reforzaron un discurso que calificamos como “periodismo hermesiano”, es decir oficiaron de “mensajeros” de la dictadura, tergiversando y orientando a la opinión pública, cual si fuera los mojones que ayudaban a los caminantes en la antigua Grecia⁷(Díaz, 2011), presentándose como intérpretes y amplificadores del pensamiento dictatorial. La Nación, en particular, construyó a través de sus editoriales una representación maniquea de la realidad mediante editoriales de carácter axiológico, basados en una lógica binaria (amigo/enemigo). Durante los años más álgidos de la represión esta dicotomía se centró especialmente en la identificación de los “terroristas” como enemigos de la sociedad argentina –“el otro negativo”- al tiempo que delineaba un “nosotros argentino” ideal e inclusivo de todos los que

⁶ Debemos particularizar que este matutino platense, a diferencia de sus colegas “no socios” en los últimos años de la dictadura apeló a la estrategia del silencio editorial con problemáticas del contexto, por caso. Véase Díaz, Passaro (2015).

⁷ Esgrimimos esta nación apelando a la mitología griega, según la cual Hermes, hijo de Zeus, era un mensajero divino, astuto e ingenioso para el engaño. Es caracterizado por el uso de un gorro y zapatos alados y una vara mágica que le entregara Apolo. Con ella podía adormecer o despertar a los humanos. Posteriormente la vara mágica se convirtió en bastón de heraldo o sea en atributo del mensajero de los dioses. Además los “hermes” constituían mojones que servían de guías a los caminantes

compartieran la ideología⁸ del medio, es decir su prodestinatario, el “otro positivo”⁹. En consecuencia, la construcción de sentido de estos matutinos invisibilizaba los atropellos que la gestión dictatorial cometía amparada en su proyecto de país. Este discurso editorial se mantuvo hasta 1980 cuando iniciaron un prudente distanciamiento (Díaz, Giménez, Passaro, 2010) y, La Nación comenzara a demandar una “institucionalización paulatina del país hacia una democracia tutelada por las Fuerzas Armadas” (Díaz, Giménez, 2009).

La derrota de Malvinas, y de la dictadura, reforzó algunas de esas demandas esgrimidas previamente por los discursos de los medios gráficos ante la etapa de “agotamiento del proceso” (Quiroga, 2004; Canelo, 2008). En este punto podemos aseverar que tanto los medios “socios” y “no socios” ejercieron un “periodismo institucionalizante”¹⁰ fundado en enunciados que llamaban al respeto de los tres poderes, de las reglas del juego y de las instituciones republicanas con el claro objetivo político de recuperar la democracia dado que se habían agotado los tiempos de la dictadura.

Los editoriales doctrinarios

En las diversas investigaciones que llevamos a cabo desde varios años, aplicamos en análisis de los editoriales, las categorías esgrimidas por Rivadaneira Prada (1996: 227-229)¹¹. Sin embargo, en nuestro relevamiento encontramos que La Nación publicaba numerosas notas que no correspondían a ninguno de esos estilos; por lo cual propusimos una categoría que pudiera abordarlas. Denominamos editoriales “doctrinarios” a los que presentan un fuerte carácter reflexivo con apreciaciones axiológicas, centran sus argumentos en el reconocimiento del “ethos” republicano y occidental, coincidente con los argumentos de la retórica militar contemporánea. En algunos casos, el editorial analizaba un hecho puntual aunque en otras ocasiones resultaban reflexiones sin anclaje en un tema o suceso que la promoviera.

⁸ Sobre ella González (2013: 315-316) expone: “Un poco bebiendo de las fuentes de la ‘razón del Estado’ (...) y otro poco acudiendo a sigilosos intereses facciosos que nunca habían desaparecido de su seno (...) entre un republicanismo ortodoxo, un liberalismo concesivo, y un ideal ilusorio-pero no por eso menos efectivo- de congregar alrededor de los intereses de las dimensiones perdurables del poder social argentino (empresa y personas de renombre histórico, tal como se indica en la cita 2).

⁹ El destinatario positivo o prodestinatarios es el partidario, unido con el enunciador por un colectivo de identificación; en cambio, el contradestinatario o “destinatario excluido” está por fuera de ese discurso pues lo que es verdadero para el enunciador es falso para el destinatario. Finalmente el paradestinatario es aquel al que enunciador debe convencer, persuadir (Verón, 1987:4-5).

¹⁰ Desarrollaremos esta noción en relación con otros actores y problemáticas en futuros trabajos.

¹¹ Los tipos de editoriales propuestos son: expositivo, explicativo, combativo, crítico, apologético, admonitorio y predictivo.

Pensamos en la noción de “doctrinario” debido a que el matutino distinguía la “doctrina” de la “ideología” ya que a su entender la primera tenía por objeto defender los valores “occidentales y cristianos”, “las tradiciones nacionales” y los “principios sustentados en Mayo y Caseros”, en tanto la segunda sólo se proponía destruirlos¹². Por lo cual, el diario negaba poseer una ideología y aseveraba que daba cuenta de su “doctrina”, tal como expusiera tres meses después de concretado el golpe de estado (Díaz, Giménez, Passaro, 2001):

Nosotros sustentamos una concepción del mundo y de la vida que comprende una doctrina religiosa, política, moral, jurídica y científica, así como una especial percepción y sentimiento de la existencia humana, la convivencia social, el significado del matrimonio y de la familia, la tradición y el futuro, las esperanzas trascendentes, el mensaje del amor, las posibilidades creadoras y productivas del hombre, su ejercicio en la libertad y la justicia. Toda esta riqueza que atesora la expresión amplia y generosa de ‘percepción del mundo y vida’ de ninguna manera cabe en la menguada *ideología* (26/6/76).

Este estilo de notas fue incluido en su columna entre 1976 y 1982, en tanto fueron omitidas durante 1983, quizás porque la transición y las urgencias electorales no cedían espacio para otras cavilaciones. Finalmente, señalaremos que la coyuntura abordada reconoce dos momentos claros, en principio la guerra de Malvinas y luego, el inicio del camino a la transición democrática. En ambas el matutino incluyó reflexiones de carácter doctrinario.

La guerra y la doctrina

Entre abril y junio de 1982, La Nación publicó algunas notas que corresponden al tipo de discurso editorial abordado. En la primera, a más de un mes de iniciado el conflicto y a poco del hundimiento del Crucero General Belgrano, cavilaba acerca de la importancia de “no vaciar de sentido a las palabras”, refiriéndose a la necesidad de que nociones como libertad, mundo libre, civilización, heredadas de las grandes potencias de occidente, no perdiesen su sentido en las manos de quienes tenían la responsabilidad de mantenerlo; pues las ambiciones políticas, imperiales y colonialistas de los países hegemónicos las contradecían, en este caso, Gran Bretaña (Giménez, inédito). Por lo mismo aseveraba que “No es posible que quienes debieran ser sus países rectores

¹² Estos editoriales analizaban el accionar de los grupos armados tal como analizamos en Díaz, Giménez, Passaro (2001 y 2006).

pierdan de vista los grandes objetivos y se equivoquen burdamente en un episodio que afecta la estructura espiritual de nuestra civilización”. Sus argumentaciones citaban a los grandes representantes del liberalismo para demandar a las potencias que sostuvieran su papel rector de los valores occidentales con los que se identificaba:

De ahí, insistimos, que Occidente debe mantener sus banderas impolutas, y una nación que dio al mundo mentes tan lógicas como las de Francis Bacon (Novum Organum Scientiarum), John Stuart Mill (A system of Logic) y Bertrand Russell (Analysis of Mind) tiene la obligación de anteponer los valores del espíritu a los irracionales impulsos de una ira que, parafraseando al Evangelio, es capaz de ver el Afganistán¹³ en el ojo ajeno y no las Malvinas en el propio (11/5/82).

Recordemos que esta guerra representaba una gran contradicción para el mundo “occidental y cristiano”, ya que sus dos más grandes potencias estaban enfrentando a un país del mismo bloque, quebrando de este modo la unidad continental y dejando a América Latina más vulnerable ante el avance soviético.

La segunda nota fue publicada con motivo de cumplirse un nuevo aniversario de la revolución de Mayo. En ella el matutino homologaba la “guerra de mayo” con la de Malvinas dando una particular interpretación de las motivaciones de los hombres protagonistas de la gesta patria:

La Argentina no quiso esta guerra, como no quiso la otra. Tanto no quiso la guerra el 25 de Mayo de 1810 que la Junta elegida por el pueblo ejerció su autoridad ‘a nombre del Sr. D. Fernando VII’. Daba así el pueblo de Buenos Aires una muestra clara de su disposición de transigir y de no llevar las cosas a un extremo que desembocara necesariamente en la guerra. El acto del 2 de abril, con el cual se recuperaron las islas, tampoco tuvo por intención la de provocar una guerra.

También comparaba los valores de los patriotas con el de los militares “espíritu pacífico, transigencia, negociación” y demandaba la necesaria “unidad de los habitantes” (25/5/82). En este caso, el diario fiel a su alineamiento a la tradición Mayo-Caseros, procuraba construir sentido sobre la existencia de un espíritu “pacifista” que,

¹³ Refiere al envío de tropas soviéticas a Afganistán en 1980 con el fin de “asegurar algún tipo de estabilidad en aquel país que desde 1978 estaba gobernado por el Partido Democrático del Pueblo, formado por comunistas locales, que se dividió en dos facciones en conflicto cada una de las cuales se enfrentaba a los terratenientes, al clero musulmán y a otros partidarios del statu quo con medidas tan impías como la reforma agraria y los derechos de la mujer”. EEUU comenzó a enviar dinero a los guerrilleros fundamentalistas musulmanes, y aunque el gobierno afgano con al ayuda soviética mantuvo e poder para URSS el costo resultó excesivamente alto. Afganistán fue para URSS lo que Vietnam para EEUU (Hobsbawan, 1995: 476).

tanto en el siglo XIX como en el XX, caracterizó a la República Argentina frente a las naciones del mundo. Repárese que no objetaba a la cúpula militar el no haber cumplido con la premisa inicial cuál era ir a las islas pero sin llegar al enfrentamiento.

El tercer editorial, editado cuando era inminente la derrota argentina, reclamaba la necesidad de sostener los valores culturales de occidente a pesar de la guerra: “No es cuestión de tirar por la borda una tradición cultural de la que somos parte activa porque el liderazgo de lo que tradicionalmente se designa como Occidente esté atravesando un período crítico”. Nuevamente apelaba a un nosotros argentino, a su “espíritu”, para reconstruir en la posguerra lo que denominaba “la soberanía interior” para consolidar la República: “La soberanía interior implica el diseño de un perfil nacional plenamente distinguible, pues ese perfil se logra con el afianzamiento de todas las producciones del hombre en los diversos ámbitos que cultiva”. Resulta llamativo que para concluir contrariara sus opiniones del editorial anterior cuando equiparaba el enfrentamiento con la potencia del Norte a la revolución de Mayo: “Nuestra soberanía interior desalentará, en el futuro, descabelladas aventuras como la que, con ejemplar entereza, estamos afrontando” (10/6/82). Nótese que ante el agobio de la guerra y la inminencia de la derrota por el retroceso en el campo de batalla de los soldados argentinos, se atrevía a bautizar como “descabellada aventura” lo que en otro momento denominara “gesta”; poniendo como reaseguro la reconstitución de la República para que ello no vuelva a ocurrir.

Finalmente, luego de la derrota bélica, apelaría a la “plena participación comunitaria en la construcción nacional” distanciándose de sus asociados ante los dos fracasos: el bélico y el del “proceso:

Es indispensable que un auténtico espíritu democrático aliente en la ciudadanía y en sus capas dirigentes. Especialmente deben reflexionar sobre esto quienes han asumido la responsabilidad de dirigir la Nación. Cuando todos eligen, la responsabilidad por lo actuado es responsabilidad compartida. De lo contrario, todos sufren las consecuencias, pero no todos son igualmente responsables.

Concluía la nota advirtiéndole a su prodestinatario que era necesario abrir las reglas del juego para transitar la etapa venidera:

Es preciso comprender, en nombre de los muertos, de los heridos y de los mutilados que en la Argentina no puede haber hijos y entenados. La patria es de todos. Si todos fueron necesarios para ponerle el pecho a las balas, todos son necesarios para reflexionar sobre los grandes problemas nacionales y para adoptar las medidas que la situación exige. La

república no es empresa para unos pocos: la experiencia vivida lo acaba de demostrar. Cada cual en el puesto que desempeña es igualmente importante (22/6/82).

Resulta interesante subrayar que el medio a partir de este editorial comenzó a ejercer lo que podríamos calificar como “periodismo institucionalizante”, dado que recurrió a diversos estilos discursivos con el objeto de que el metacolectivo -nacional – volviera a valorar en su justa medida las ventajas de recuperar la normalidad institucional.

La tribuna de doctrina en la posguerra

Resulta evidente que la transición hacia la democracia tensionaba a La Nación. Esta preocupación revelada en editoriales doctrinarios se manifestaría en particular durante los meses de julio y agosto de 1982, en los que incluía un tema recurrente en su columna editorial: la juventud.

Por cierto, en los años previos el matutino construyó un discurso que estereotipaba al joven identificándolo como “estudiante-subversivo-ruidoso”(Passaro, 2009); víctima/victimario simultáneamente ya que esa época y hasta los 90”“resultó fácil convertir a los jóvenes tanto en ‘víctimas propiciatorias’, en receptores de la violencia institucionalizada, como en la figura terrible del ‘enemigo interno’ que transgrede a través de sus prácticas disruptivas los órdenes de lo legítimo social”(Reguillo, 2005: 5). En este punto debemos advertir que la juventud fue tema de las notas pero no destinatario, por el contrario era su contradestinatario.

Reflexionaba acerca de la importancia de alentar la participación de los jóvenes sin dejar de expresar sus prevenciones:

lo que resulta poco estimulante es la exagerada insistencia con la que se habla en distintos sectores de la juventud como si se tratara de una categoría social en curioso estado de disponibilidad y como si el destino de esos varios millones de hombres jóvenes fuera a decidirse inevitablemente en función de su comportamiento como masa o rebaño (3/8/82).

Resulta llamativa la negación discursiva de la juventud como categoría. Dos hipótesis pueden explicarla, o la imposibilidad del medio de comprender correctamente el momento histórico que atravesaba el país, vaciando de sentido al fenómeno que desde los 60’s, en forma ostensible, permitió la construcción de nuevas subjetividades políticas capaces de conquistar la voluntad para cambiar el mundo. O bien, por el

contrario, optaba por negarlo, por tener vívida la poderosa experiencia de politización general producida en los 60's, de la cual los jóvenes no fueron ajenos.

Asimismo, como en otras ocasiones, el diario explicitaba su ideología, al exponer que cualquier fenómeno popular era resultado del engaño de las masas por parte de los líderes, subestimándola. Por lo cual, concluía argumentando con el más lato discurso liberal:

Esa manera de categorizar a los núcleos juveniles (...) resulta agravante para el joven ciudadano que más allá de su pertenencia a un sector social o grupo de referencia, aspira con razón a ser considerado como entidad individual, como un sujeto plenamente independiente capaz de ejercer sus derechos sin condicionantes externos y en pleno ejercicio de su libertad de conciencia. La 'juventud' como categoría política uniforme e indivisible ha empezado ya a sonar en los oídos de los argentinos como una entelequia o una impostura (Las apelaciones a la juventud, 3/8/82).

A los pocos días, volvería sobre el tema, esta vez poniendo el acento en la inexperiencia e ignorancia de los incipientes ciudadanos: "Una cosa es el ejercicio urgente de la democracia en el ámbito que la sociedad le ofrece y otra la de catequizar jóvenes estudiantes que tanto por su edad como por el ambiente en que debieron crecer, desconocen en forma casi total los elementos básicos de nuestra constitución histórica" (26/8/82). Esta nota fue publicada a raíz de unos graffitis que aparecieron en el Colegio Nacional Buenos Aires, razón por la cual el rector hizo pintar las paredes para cubrirlas y envió los gastos al partido al que referían las leyendas. Nótese que el diario apelaba al eufemismo "ambiente en que debieron crecer" para referir a la dictadura al igual que omite el proceso de despolitización (enunciado por el diario como "desconocimiento") provocado por la implementación del terrorismo de Estado y "de formas de consentimiento no directamente represivas que operaban sobre otros resortes en el terreno de las representaciones y las creencias del orden y la seguridad" (Vezzetti, 2002:169).

Otro de los temas jerarquizados en los editoriales doctrinarios de La Nación fue su intranquilidad ante la "graves crisis moral"¹⁴ que entendía atravesaba el país, y cuya principal materialización se daba en los altos niveles de corrupción (8/8/82), sin explicitar las razones de la misma. La sombra de los 70's perseguía al medio, y era expuesta en las reflexiones que reforzaban el pacto de lectura con sus prodestinatarios,

¹⁴ La Nación comenzó a referir sobre "la crisis moral" ante el fracaso de la gestión de Viola (Díaz, Giménez, 2009).

construidos a través del “nosotros inclusivo”. Aseveraba que “la democracia como expresión del alto grado de madurez de una nación civilizada” se expresaba no sólo en el fondo sino en las formas, por lo que cuestionaba,

La reaparición un lenguaje cuyas notas distintivas son el odio ciego y la irracional voluntad de agravios volcados con una virulencia y una torpeza que desgraciadamente no resultan nuevas para el argentino de buena memoria.

La marcha hacia la institucionalización (...) debe consistir en la inmediata adopción de un tono político adulto y responsable templado en el ejercicio de la permanente tolerancia (Virulencia y torpezas discursivas, 5/8/82).

Destacaremos que apelación a la noción “adulto”¹⁵ nos remite a lo que Vezzetti (2002:169) propone como la “tesis de la infantilización de la sociedad” para explicar el proceso de despolitización previamente mencionado, que “es lo contrario a una sociedad de ciudadanos; pero hay que advertir, en todo caso, lo que esa pequeña ficción nos permite pensar: la posición infantil no la convierte en obediente y simplemente aplicada a satisfacer a sus amos; más bien permite destacar el perfil de una sociedad despojada de la responsabilidad y la decisión por su propio destino, subordinada a un orden que a la vez que restringe sus libertades puede proporcionarle cierto marco de seguridad”¹⁶.

Agregaremos que en la nota remitía explícitamente a la campaña electoral de 1973 como referencia al tono virulento que a su entender adoptaba esta nueva campaña.

Del mismo modo, alertaba acerca de los “Falsos Paraísos” que prometían los diversos candidatos en sus discursos. Sin ahorrarse calificativos negativos advertía tanto a su prodestinatario como al paradestinatario acerca de “la tendencia al mesianismo, a la milagrería revolucionaria que ha sido y es rasgo característico de algunos sectores de nuestra vida pública”. Nuevamente apelaba a la imagen de la adultez, dando cuenta de que consideraba infantil al pueblo obnubilado y burlado por discursos demagógicos:

Los argentinos deberíamos habituarnos de una vez por todas a mirar con ojos de adultos (...) La promesa del Edén a corto plazo es típico gesto de las ideologías totalitarias (...) Es necesario combatir el falso redentorismo político, erradicar las promesas fáciles y grandilocuentes, alejar la idea de la revolución milagrosa que abrirá a corto plazo las puertas del paraíso.

¹⁵ Otra referencia en contrario pero reforzando esta idea, apareció en una nota de opinión de Martín Alberto Noel quien aseveraba que la intelectualidad civil había vivido “cívicamente en estado de infantilismo. Cuidarse de hablar, cuidarse de escribir, cuidarse de los diversos aspectos de la vida de relación han sido pautas de conducta nacidas del golpismo y de su clima social” (Sidicaro, 1993: 461)

¹⁶ Puede confrontarse con una visión opuesta planteada por The Buenos Aires Herald en Díaz (2009).

En este punto responsabilizaba del engaño tanto a gobiernos civiles como militares, por lo que mencionaba que “La historia argentina reciente es aleccionadora (...) ocurrió en 1966 y 1973” y concluía la nota con una expresión de sus deseos “Que esta vez los argentinos alberguemos los grandes ideales y no los falsos paraísos” (15/8/82). Cabría anotar que el matutino reforzaba con ímpetu la idea de que los destinos del país necesariamente debían ser trazados por hombres maduros y con experiencia política.

Como procuraba sugerir el diario, la posibilidad de un nuevo triunfo del justicialismo lo desvelaba, por lo cual destinó un editorial para alertar acerca de los artificios a los que estaba expuesto el país. A partir de la invocación editorial, generalizada por esos días acerca de la importancia de acatar la ley suprema, ejerciendo su rol de “periodismo institucionalizante”, exponía sus prevenciones sin perder oportunidad de reforzar el sentido compartido con sus prodestinatarios sobre la existencia de una entelequia que definía como “el espíritu nacional”: “la Constitución es un punto de partida no de llegada. Sus artículos son un programa a realizar. El respeto por la Constitución y la vigencia de sus normas sólo representa poner las bases para que la Argentina retome una senda de democracia, de dignidad ante otras naciones de grandeza material y de identidad espiritual”. A continuación, reforzaba el pacto de lectura dando cuenta del posicionamiento antiperonista compartido con sus prodestinatarios:

La Constitución se viola cuando se derroca un gobierno elegido por el pueblo, es verdad. Pero también cuando un gobierno elegido por el pueblo desconoce la autonomía de los poderes, corrompe el congreso y las legislaturas, escarnece la vigencia de los derechos consagrados en los artículos fundamentales, anula la libertad de prensa o de expresión y obliga en fin a quien no acata sus ideas a someterse a ella bajo todo tipo de coacciones (La Constitución, letra y espíritu, 19/8/82).

A los pocos días, volvería a explicitar su ideología en otra nota doctrinaria a punto tal de plantear que ante la crisis atravesada por el país era necesaria “la reeducación para la democracia” incluyendo “a todos los sectores sociales, pues durante un lapso tan dilatado de gobiernos de facto alternados por gobiernos de jure que, salvo alguna esporádica excepción, surgieron más de una metódica aplicación de la demagogia que de un auténtico respeto por la democracia como sistema dirigido al bien común” (Argumentos que no educan, 26/8/82).

En la misma sintonía, una nota ya citada, usaba la crítica a los graffitis como excusa para expresar a través de calificativos desdeñosos y patológicos sus temores ante la

posible resolución del destino nacional que determinarían las urnas y volviendo a ignorar lo actuado por sus “socios”, los militares:

Los slogans esquemáticos y condicionadores, reducen el pensamiento a la emisión de un mensaje unidireccional que espera la rebañega conformidad de la respuesta unánime. Los regímenes autoritarios son los que mejor uso hacen de esos lemas inductores y condicionadores. La democracia, como sociedad política, debe tener como norte la personalización de los ciudadanos y la discusión pública de los problemas (...) los reduccionismos, tan gratos a las autocracias, parecen más ‘eficientes’, pero naufragan en el nihilismo irracionalista que pasa por nombres diversos pero de idéntica significación.

Finalmente, en una nota en la que reflexionaba acerca de la “Cultura e identidad Nacional” proponía algunas de las características de ese “espíritu argentino” al que remitía sistemáticamente desde sus columnas:

Una de las constantes que mejor definen el perfil histórico de la sociedad argentina es su permanente capacidad de superación cultural (...) la rica tradición humanística, la versatilidad intelectual y el alto nivel de capacitación científica y técnica son otros tantos aspectos (...) [pero sin duda el más notable es] Su vocación universalista, su poderosa capacidad para recibir y asimilar todas las aportaciones del pensamiento universal.

Luego daba cuenta de los responsables de la construcción de ese sentido de argentinidad, fundada en la línea Mayo-Caseros, que el diario se encargaba de reforzar desde su discurso: “La superación de antinomias del siglo XIX se debió fundamentalmente a la visión cultural integradora de los pro hombres de la organización nacional, familiarizados con las manifestaciones más evolucionadas del pensamiento filosófico, jurídico y político de su tiempo”. Finalizaba con una declaración de principios “Ningún hijo del país puede considerarse ajeno a la tarea de revalorizar las expresiones entrañables del acervo cultural de la nación y conservar los símbolos y arquetipos en los que se encarna el amor a la tierra a la tradición y a la historia patria” (20/9/82).

Reflexiones finales

Históricamente La Nación tuvo plena conciencia de su condición de actor político expresada, particularmente, a través de su columna editorial. Con tal fin, desarrolló en esa sección un tipo de notas que denominamos “doctrinarias” porque apelaban a la defensa de los intereses, valores e ideales sostenidos por el medio y con el cual se identificaban sus prodestinatarios. El argumento central de los mismos era expuesto a

través de una entelequia enunciativa definida por el diario como “perfil nacional” o “espíritu nacional”, construido por un imaginario que definía a una supuesta “argentinidad” ubicada en dos planos: en el internacional, se afianzaba en los principios occidentales, es decir, el liberalismo económico y político (aunque bastante restrictivo) enmarcada en el republicanismo y la idea del progreso decimonónico, y en consecuencia, en el plano nacional, patrocinaba los ideales de la línea histórica Mayo-Caseros, levantando las banderas del proyecto de organización nacional.

La guerra de Malvinas visibilizó el peligro que acechaba a los principios con los que comulgaba el diario; ya que nuestro país protegía su soberanía ante la agresión de las mismas potencias gestoras de los valores occidentales que compartíamos. En consecuencia, señalaba esa contradicción acusando a las potencias de colonialistas e imperiales pero haciendo la salvedad de que no había que abandonar ese rumbo, y que para ello era vital la reconstrucción de lo que denominaba “la soberanía interior”. La crisis militar, y en consecuencia la del país, eran gravísimas-de hecho el medio adjudicaba su principal causa a una “crisis moral”- y resultaba necesario garantizar el regreso del régimen institucional pero en el marco del modelo defendido por La Nación. Por lo cual ejercería a partir de entonces un “periodismo institucionalizante”, es decir, apelaría a la plena reparación republicana ya que era insalvable la gestión dictatorial y era un escenario posible el avance del comunismo, al menos en su idiosincrasia.

Por lo mismo, en las notas doctrinarias advertía acerca de las acciones que creía conspiraban contra la institucionalización. Por caso, alertaba acerca de la amplificación del rol de la juventud en este proceso político y los peligros de su protagonismo superlativo, de que se vieran cooptadas y actuaran en masa, tal como consideraba había ocurrido en los 60’ y 70’. De igual forma cuestionaba el lenguaje, estilos y tonos de las campañas políticas remitiendo a la que llevó a la presidencia a H. Cámpora en 1973. Señalaba que el verdadero enemigo eran las autocracias, las dictaduras que alcanzaban el poder a partir de discursos demagógicos creídos por la gente, ya que no apelaba al colectivo pueblo en estas notas y en general. Lo cierto es que el diario temía la posibilidad de que los resultados de las urnas regresasen al peronismo al poder y para evitarlo, en 1982 y tras la derrota militar y moral sufrida por nuestro país, entendía que la estrategia era reforzar esa construcción ideal (“el espíritu nacional”), que incluía a sus prodestinatarios (presentes en el tácito “nosotros inclusivo” recurrente en sus columnas) y al que pretendía sumar a sus paradestinatarios. En 1983 otras serían las estrategias implementadas en su discurso institucional para concretar esa meta, ya que dejó de

jerarquizar los editoriales doctrinario y optó por la inclusión de análisis más explícitos, directos y, quizás, más eficaces referidos a esa coyuntura.

Bibliografía

Acuña, Carlos y Smulovitz, Catalina, (1995), “Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional, En Acuña, Carlos [et. al.], *Juicio, castigo y memoria. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Canelo, Paula, (2008), *El proceso en su laberinto*, Bs. As.: Prometeo.

Díaz, César, (2002), “Estudio Preliminar”, En *La cuenta regresiva*, Buenos Aires: La Crujía, pp. 369-438.

Díaz, César, (2009), “El Herald y su particular compromiso frente a un tema tabú: los derechos humanos durante la dictadura”, En Díaz, César, *Nos/otros y la violencia política. The Buenos Aires Herald, La Prensa, El Día, 1974-1982*, La Plata, Ediciones Al Margen, pp, 369-438.

Díaz, César, (2011), “La Nación y Clarín frente a la violencia política 1976-1980. Dos casos de periodismo hermesiano”, En Saborido Jorge y Borrelli Marcelo (comp), *Voces y silencios: la prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*, Bs. As.: Eudeba, pp. 153-180.

Díaz, César, Giménez, Mario, (2009), “Viola, la crisis y la participación ciudadana en la agenda de La Nación y Clarín”, *XII Jornadas Interescuelas/departamentos de Historia. CD ROM Ponencias*.

Díaz, César, Giménez, Mario, Passaro, María M., (2001), “Un discurso para defender a “la Nación” de la violencia política. Los editoriales del diario La Nación (1976-1977)”, En *Coloquio de Investigadores en estudios del discurso. El discurso: metodología interdisciplinaria*, UNLP, FHCE, La Plata.

Díaz, César, Giménez, Mario, Passaro, María M, (2002), “La Nación y la construcción del ‘gran cambio’. Los editoriales de marzo de 1976, En Díaz, César, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de estado de 1976*, La Plata: La Crujía, pp. 95-113.

Díaz, César, Giménez, Mario, Passaro, María M.,(2006), “La Nación y su cruzada discursiva contra la violencia política en Argentina (1976/78)”, En *Revista Oficios Terrestres*, La Plata: FPCS-UNLP, año 12, vol 18., pp-64-80.

Díaz, César, Giménez, Mario, Passaro, María M., (2010), “*La Nación Y Clarín: Los Inicios De Un Prudente Distanciamiento Con La Dictadura*”, En *Anuario de Investigaciones 2007/2008*, La Plata: FPCS, vol 7, pp. 53-62.

Díaz, César, Passaro, María M, (2015), “*Universidad y dictadura: el silencio editorial de El Día como estrategia legitimadora*”, En *XV Congreso de Historia de los Pueblos de la Pcia de Bs As.*, La Plata.

Getino, Osvaldo, (1995), *Las industrias culturales en la Argentina*, Buenos Aires: Colihue.

Giménez, Mario. *El hito de la guerra de Malvinas y el futuro de la Argentina en los editoriales de La Nación* (inédito).

González, Horacio, (2013), *Historia conjetural del periodismo*, Buenos Aires: Colihue.

Hobsbawm, Eric, (1995), *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica.

Landi, Oscar y González Bombal, Inés, (1995), “*Los derechos en la cultura política*”. En Acuña, Carlos [et. al.], En *Juicio, castigo y memoria. Derechos humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Miceli, Walter, Albertini Emiliano, Giusti Eugenia, (1999), “*Noticia = negociación política*”. En *Oficios Terrestres*, La Plata: FPCS, Año V, Nº 6, pp. 10-23.

Passaro, María Marta, (2009), “*Universidad y Dictadura en los Editoriales de La Nación: Representaciones discursivas de la universidad justicialista entre 1976-1981*”, En *XIIº Jornadas Interescuelas/Departamentos de historia*, Cd Rom ponencias.

Panella, Claudio, (1999), *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto, expropiación*, La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Quiroga, Hugo, (2004), *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares 1976-1983*, Rosario: Fundación Ross.

Reguillo, Rossana, (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires: Norma.

Sidicaro, Ricardo, (1993), *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Sirvén, Pablo, (1986), *Perón y los medios de comunicación (1943-1955)*, Buenos Aires: CEAL.

Verón, Eliseo, (1987), “*La palabra adversativa*”. En AA.VV, *El discurso político*, Buenos Aires: Hachette.

Vegetti, Hugo, (2002), *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.